



Grupo 4: Trabajo, trabajadores y estructura social

Tesis para el debate sobre clase, estructura y política

Fernando Stratta

Centro Cultural de la Cooperación / Universidad Nacional de Lanús
fstratta@yahoo.com.ar

I

*El sujeto del conocimiento histórico es la
clase oprimida misma, cuando combate.*
Walter Benjamin¹

El concepto de *clase obrera* ha sido el centro de largas discusiones en estos tiempos de mutación del capitalismo a nivel global, debates que llegaron a plantear su inutilidad conceptual, y hasta su inexistencia como actor real.² Incluso la misma noción de *trabajo* fue puesta a consideración en el banquete de ideólogos y anatomistas. Sin embargo, las predicciones de los agoreros del capital que, durante los años 90, en pleno auge de la ideología neoliberal a escala planetaria, auspiciaban el fin del trabajo, parecen hoy haber perdido anclaje en los discursos de legitimación del sistema.

A partir de la crisis de los 70, cuando los regímenes de pleno empleo comienzan a resquebrajarse y la desocupación pasa a tener un peso relativo importante en las economías desarrolladas, se abre un debate en torno a si el trabajo constituye una necesidad humana de carácter antropológico o bien representa una categoría histórica – de no más de tres siglos– destinada por tanto a perecer.

¹ Walter Benjamin, *Sobre el concepto de historia. Tesis y fragmentos*, Piedras de papel, Buenos Aires, 2007 [1940], p. 33.

² Ver, por ejemplo, P. N. Furbank, *Un placer inconfesable o la idea de clase social*, Paidós, Buenos Aires, 2005.



Siguiendo a Enrique de la Garza³, es posible distinguir cuatro argumentos en el debate sobre el “fin del trabajo” que sintetizan posiciones divergentes:

- a- el descenso relativo de la mano de obra industrial en relación con los servicios y el cambio en la estructura ocupacional con crecimiento relativo de trabajadores calificados y, por otra parte, la extensión de empleos precarios, por hora, a tiempo parcial, eventuales, etc., así como la presencia de altas tasas de desempleo, han incrementado la *heterogeneidad de los trabajadores*, con una consecuente repercusión en sus normas, valores y actitudes.
- b- el fin del trabajo, en un sentido propiamente sociológico, debe entenderse como *el fin de la centralidad del trabajo en el conjunto de las relaciones sociales*, particularmente en cuanto a la conformación de identidades colectivas.
- c- el trabajo ha perdido relevancia como eje organizador de la sociedad en tanto *su función de generador de valor está en crisis*.
- d- la crisis del trabajo es *un problema político* y responde a una derrota de la clase obrera desde los años 80, debido a los cambios en el régimen de acumulación y la debilidad de las estructuras de organización sindical.

A su vez, la discusión sobre el futuro del trabajo gira en torno a perspectivas en donde se distinguen claramente dos grandes grupos. Por un lado, quienes afirman que nos dirigimos a (o estamos en camino de) la **desaparición del trabajo asalariado** tal como se percibe en la actualidad. El filósofo André Gorz⁴ sostiene en sus trabajos que esta evolución resulta irreversible, pero lo encuentra como algo positivo que permitirá salir de las “sociedades salariales” y desarrollar una economía plural donde las actividades humanas se extiendan en una esfera por fuera del mercado. Para esto sería necesario asegurar un ingreso de existencia a todas las personas sin que por ello se exija una

³ Enrique de la Garza Toledo, “¿Fin del trabajo o trabajo sin fin?”, en De la Garza y Neffa (ed), *El futuro del trabajo. El trabajo del futuro*, CLACSO, Buenos Aires, 2001.

⁴ Entre los trabajos de André Gorz pueden citarse *Adiós al Proletariado (Más allá del socialismo)*, de 1982; y *Metamorfosis del trabajo, demanda del sentido. Crítica de la razón económica*, de 1988.



contrapartida en trabajo. Por su parte, Jeremy Rifkin⁵ si bien considera que el trabajo está destinado a desaparecer de la mano de las nuevas tecnologías de información y comunicaciones (NTIC), sostiene que esto será al costo de condenar a la mayor parte de la población al desempleo. Para hacer frente a estas consecuencias, sugiere la constitución de un “tercer sector” al margen del Estado y del mercado, donde los principales actores pasarían a ser las ONGs, compuestas por personas que realizarían trabajos de baja productividad (con salarios acordes a esa productividad) lo cual les permitiría al menos la subsistencia.

Del otro lado se encuentran quienes sostienen que **el trabajo asalariado no está en vías de extinción**, al menos por un largo tiempo. Así, por ejemplo, el paradigma de los economistas neoclásicos que ven en la relación salarial el orden supremo de toda sociedad, afirman que es necesario aprovechar los beneficios que brindaría la globalización para desarrollar el comercio y la competitividad. Desde otro lugar, están los analistas más cercanos a las posturas de la socialdemocracia que piensan alternativas dentro de las sociedades capitalistas, a condición de trastocar las relaciones de fuerza entre el capital y el trabajo, en un marco de crecimiento sostenido de las economías. Por último, puede mencionarse a las corrientes “ecologistas” que ponen énfasis en una nueva distribución del trabajo y los ingresos para aprovechar el incremento en la productividad, lo que permitiría una reducción en la jornada laboral sin afectar los salarios, el reparto del trabajo existente sobre la totalidad de la fuerza de trabajo disponible y el desarrollo de actividades humanas por fuera de las relaciones mercantiles.

Desde una perspectiva crítica asumimos, en cambio, que la categoría de *trabajo* no sólo sigue siendo relevante en tanto eje articulador de la sociedad, sino que el trabajo asalariado, el trabajo plenamente capitalista, la venta de fuerza de trabajo es la figura predominante y cada vez crece más en todos los ámbitos de la producción social.

Ahora bien, constatar que el trabajo no ha perdido centralidad y mucho menos ha desaparecido, no significa afirmar que no se hayan producido grandes cambios en el

⁵ Jeremy Rifkin, *El fin del trabajo. Nuevas tecnologías contra puestos de trabajo: el nacimiento de una nueva era*, Paidós, Barcelona, 1996.



mundo del trabajo. En principio, como señala Oscar Martínez⁶, es posible advertir un doble movimiento en términos de composición de la clase obrera y en relación al mercado de trabajo.

En el plano más estructural, de composición de la clase trabajadora, hay una tendencia a la *homogeneización*, un cierto “acercamiento” de la posición de los asalariados por la pauperización de las condiciones de vida y la precarización de las condiciones de trabajo de casi todas las capas de los trabajadores, y la continua rotación entre ramas de actividad, y entre empresas. El desarrollo de la informática hace que un bancario, un tornero con control numérico, una cajera o una secretaria tengan su trabajo mediado por una pantalla y un teclado. Hay una fuerte descalificación de la mano de obra en todos los niveles.

Pero en el plano del mercado de trabajo existe una importante *fragmentación*. Porque en cualquier lugar de trabajo uno puede encontrar efectivos, contratados, pasantes, monotributistas, empresas tercerizadas, etc. Es decir que por más que las situaciones sean semejantes en lo más básico, en lo inmediato se encuentra una diversidad de situaciones bastante marcadas (cuánto es el salario, a qué convenio responden, cuál es la patronal formal) y que atentan contra las posibilidades de unificación de la lucha y de unificación política de la clase trabajadora.

Sobre un trabajo empírico realizado para el período 1991-2006 en el aglomerado Gran Buenos Aires, podemos resaltar tres elementos que resultan de un primer análisis⁷:

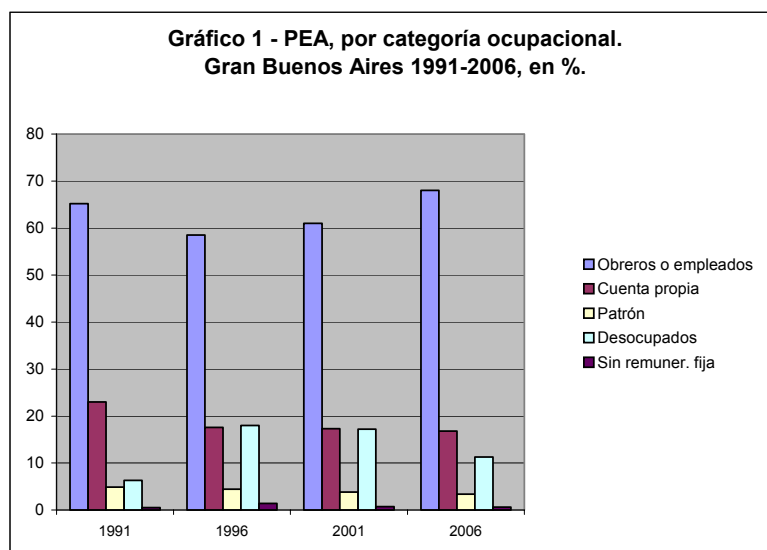
- **feminización de trabajo:** un aumento proporcional de la participación femenina dentro de las categorías de trabajadores/as *ocupados/as* y *desocupados/as*. Este creciente aumento de las mujeres en el mercado de trabajo se produce en paralelo a una mayor precarización de las condiciones de trabajo.

⁶ Esta descripción del doble movimiento de homogeneización de la composición de clase y fragmentación del mercado de trabajo, se basa en la exposición de Oscar Martínez en la Cátedra Libre “Movimientos sociales y estrategias para el cambio social”, realizada en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, 17 de septiembre de 2005.

⁷ Datos de elaboración propia en base a la Encuesta Permanente de Hogares (EPH). Ver: Fernando Stratta, “Las condiciones de la fuerza de trabajo en el Gran Buenos Aires. 1991-2006”, *III Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población*, Córdoba, septiembre de 2008.

- **informalización:** un aumento general de los/as trabajadores/as *no-registrados*, particularmente evidente en los establecimientos públicos. Es decir, desde el propio Estado se consolida una creciente informalidad en el empleo.
- **salarización:** un sensible incremento relativo de la categoría de *obreros o empleados*. Dentro de la población económicamente activa, es cada vez mayor el número de quienes subsisten a través de un salario.

La evolución ocupacional muestra un nivel sostenido de **salarización** en el período 1991-2006, en tanto la categoría “obreros y empleados” en 1991 representaba el 65,2% de la población económicamente activa, y en 2006 llega al 68%. En el **Gráfico 1** pueden verse la evolución de las distintas categorías ocupacionales, donde se destaca una curva ascendente de salarización, inversamente proporcional a los niveles descendentes de desocupación.



Al analizar la evolución del empleo asalariado en los distintos sectores y ramas de la producción, podemos obtener algunos datos de relevancia. En primer lugar, si tomamos en cuenta los **sectores de la producción** existe un marcado descenso de las actividades productoras de bienes. Este descenso se produce fundamentalmente en la primera mitad de la década del 90: si en 1991 la *producción de bienes* englobaba a casi un tercio



(32,7%) de los trabajadores asalariados del GBA, en 2006 tan sólo una cuarta parte (24,3%) se desempeña en este sector.

Cuadro 1. Asalariados por sectores de la producción. GBA, 1991-2006, en porcentajes.

| Sectores de la producción | 1991 | 1996 | 2001 | 2006 |
|-----------------------------------|------------|------------|------------|------------|
| Sectores productores de bienes | 32,7 | 27,4 | 23,4 | 24,9 |
| Sectores productores de servicios | 66,4 | 72,0 | 75,9 | 74,9 |
| Sin especificar | 0,9 | 0,6 | 0,7 | 0,2 |
| Total | 100 | 100 | 100 | 100 |

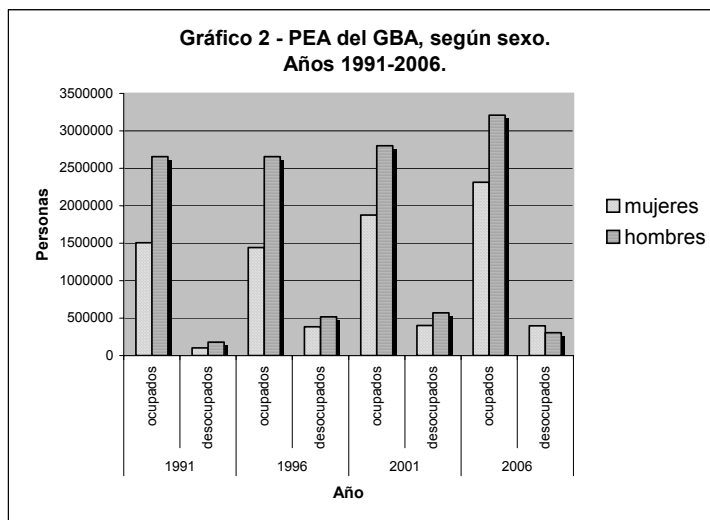
Fuente: elaboración propia en base a EPH

Debemos hacer notar que en muchos casos una masa importante de trabajadores, por efecto de la *tercerización*, aparece en relación al sector de servicios mientras que desempeña tareas vinculadas a la producción de bienes. Este efecto de la tercerización no se ve reflejado en el EPH.

Ahora bien, al considerar los empleos por **rama de actividad** podemos afirmar que en términos relativos descienden de manera considerable en la *Manufactura*, de un 27,4% del total de asalariados en 1991, a un 17,6% en 2006. Sin embargo, las manufacturas son la principal rama de actividad en relación a la cantidad de empleos absolutos, característica que se mantiene a lo largo de todo el período.

A su vez se destaca un crecimiento del empleo vinculado a las actividades *Financiera/inmobiliaria* (que comprende a un 7,9% del total de asalariados en 1991, hasta alcanzar a un 10,6% en 2006) y de la *Construcción* (de un 3,6% en 1991, a un 5,9% en 2006). Otras actividades importantes, como el *Comercio* y el *Transporte/comunicaciones*, se mantienen relativamente constantes.

La **feminización** de la PEA es producto de una mayor participación de la mujer en el mercado laboral para este período. Así, en 1991 las mujeres conformaban el 36,2% de la PEA y en 2006 llegan a representar el 43,6%. Sin embargo, este incremento de la participación femenina en la PEA se ve reflejado sobre todo entre los trabajadores y trabajadoras desocupados, en tanto en 1991 las mujeres significaban el 36,4% del total de desocupados, y en 2006 representaban más de la mitad de esa categoría (56,4%).



Lo cierto es que, cada vez con mayor notoriedad, las personas se ven obligadas para su subsistencia a vender lo único de que disponen: su fuerza de trabajo. Pero eso sí, en condiciones de extraordinaria inestabilidad e infame precarización. La prédica del fin del trabajo y la defunción de la sociedad salarial se contraponen al sostenido incremento de la productividad laboral y los crecientes índices de asalarización.

• • •

Como resultado de los cambios producidos en las últimas décadas, con especial incidencia en los países desarrollados pero con evidente repercusión en los países del tercer mundo, se verifica: una disminución del peso relativo del trabajo industrial, propiamente fabril; al mismo tiempo que se produce una subproletarización del trabajo, como consecuencia de las diversas formas de precarización, subcontratación, tercerización, etc. Se comprueba, así, una heterogeneización, complejización y fragmentación del trabajo.⁸

Lo que ocurre entonces es un cambio *cuantitativo*, en tanto se reduce el número de obreros tradicionales, y otro de carácter *cualitativo*, que implica, por un lado, una mayor

⁸ Ricardo Antunes, "La centralidad del trabajo hoy", *Papeles de Población*, n° 25, Universidad de Campinas, julio/septiembre 2000, pp.83-96.



calificación del trabajador en algunas ramas (como la automotriz), y, en otro extremo, una intensa descalificación de otras (como la minería o la metalúrgica).

Si, como sostiene Marx en *El Capital*, “la *función* verdadera, específica del capital en cuanto capital es pues, la *producción de plusvalor*”⁹, hay que señalar que el trabajo asalariado es la condición necesaria para la formación de capital y se constituye en premisa permanente para la producción capitalista. Sin embargo, como veremos, no todo trabajo asalariado produce plusvalía. Por esto mismo, uno de los temas que parece central abordar para dar cuenta de los cambios en el mundo del trabajo es la distinción entre trabajo productivo y trabajo improductivo en el capitalismo.

Veamos: “Como el fin inmediato y el producto *por excelencia* de la producción capitalista es la plusvalía, tenemos que solamente es *productivo (...) aquel trabajo que directamente produzca plusvalía*; por ende sólo aquel trabajo que *sea consumido* directamente en el proceso de producción con vistas a la valorización del capital”.¹⁰ De esto se desprende, por lo tanto, que todo trabajador productivo es asalariado, aunque no todo asalariado es trabajador productivo. “Cuando se compra el trabajo para consumirlo como valor de uso, como servicio, no para ponerlo como factor vivo en lugar del valor del capital variable e incorporarlo al proceso capitalista de producción, el trabajo no es trabajo productivo y el trabajador asalariado no es trabajador productivo”.¹¹

Tenemos ahora una distinción acerca de qué constituye el trabajo productivo. Y esta distinción resulta fundamental en tanto “la diferencia entre *trabajo productivo* y *trabajo improductivo* [es] importante con respecto a la acumulación, ya que sólo el intercambio por trabajo productivo constituye una de las condiciones de la reconversión de la plusvalía en capital”.¹²

Ahora bien, uno de los argumentos más frecuentes esgrimidos por quienes sostienen el fin del trabajo es considerar la “tercerización” de la producción a escala planetaria y la correlativa pérdida de peso de las actividades “secundarias” como un dato fehaciente que

⁹ Carlos Marx, *El Capital, Libro I, Cap. VI (inédito)*, Siglo XXI, México, 1971, pp. 6. Itálicas en el original.

¹⁰ Idem, pp. 77.

¹¹ Idem, pp. 80.

¹² Idem, pp. 89.



marcaría la declinación del *trabajo productivo* en las sociedades modernas. Sin embargo, el aumento de los trabajos de “servicios” debe ser contemplado en el marco de un acelerado proceso de *subsunción del trabajo asalariado al capital*. Para decirlo de otro modo, se intensifican las formas de extracción del plustrabajo. Así, todo un conjunto de asalariados que realizan actividades vinculadas al comercio, el transporte, la salud, las comunicaciones, las finanzas o empleados comunes del Estado, en tanto participan plenamente de la reproducción del capital –y por lo tanto su trabajo no es consumido meramente como *valor de uso*– deben ser considerados como *trabajadores productivos*.¹³ Estos trabajadores de “servicios” realizan cada vez más tareas plenamente productivas.

Con el desarrollo de la subsunción real del trabajo al capital o, si se quiere, con la expansión a escala global de las relaciones capitalistas de producción, no es sólo el obrero industrial sino una creciente capacidad de trabajo socialmente combinada la que se convierte en agente real del proceso de trabajo total.¹⁴ Así, cada vez más funciones de la capacidad del trabajo forman parte del concepto inmediato de trabajo productivo y sus agentes en el concepto de trabajadores productivos, directamente explotados por el capital, subordinados generalmente a su proceso de valorización.

Estamos en condiciones de preguntarnos, ahora, ¿ qué denominamos clase obrera en la actualidad? Siguiendo a Ricardo Antunes, podemos decir que la *clase-que-vive-del-trabajo*, la clase trabajadora hoy, incluye a todos aquellos que venden su fuerza de trabajo. No se restringe al trabajador manual directo, sino que incorpora la *totalidad del trabajo social*, la totalidad del *trabajo colectivo asalariado*. Dado que el trabajador productivo, esto es, aquel que produce directamente plusvalía y que participa directamente del proceso de valorización del capital, detenta, por eso, un papel de centralidad en el interior de la clase trabajadora, teniendo en el proletariado industrial su núcleo principal.¹⁵

¹³ Rolando Astarita, “La concepción marxista de la clase obrera”, en *Debate marxista*, n° 3, segunda época, mayo de 2001.

¹⁴ Ricardo Antunes, op. cit, p. 87.

¹⁵ Ricardo Antunes, *Los sentidos del trabajo. Ensayo sobre la afirmación y la negación del trabajo*. TEL/Herramienta, Buenos Aires, 2005, pp. 91-92.



Esta definición implica, por lo tanto, que “la *clase-que-vive-del-trabajo*, engloba también a los *trabajadores improproductivos*, aquellos cuya forma de trabajo es utilizada como servicio, ya sea para el uso público o para el capitalista, y que no se constituyen como elemento directamente productivo, como elemento vivo del proceso de valorización del capital y de la creación de plusvalía. Son aquellos en quienes, según Marx, el trabajo es consumido como *valor de uso* y no como trabajo que *crea valor de cambio*. El trabajo improproductivo abarca un *amplio abanico* de asalariados, desde aquellos insertos en el sector de servicios, banco, comercio, turismo, servicios públicos, etcétera, hasta aquellos que realizan actividades en las fábricas pero que no crean valor en forma directa”.¹⁶

Antunes parte de una afirmación anterior: existe una creciente imbricación entre trabajo productivo e improproductivo en el capitalismo contemporáneo y, puesto que la clase trabajadora incorpora esas dos dimensiones del trabajo bajo el capitalismo, se torna necesaria una noción “ampliada” del concepto de clase trabajadora. “Considerando, por lo tanto, que todo *trabajador productivo es asalariado* y no todo *trabajador asalariado es productivo*, una noción contemporánea de la clase trabajadora, vista de un modo ampliado, debe a nuestro entender incorporar a la *totalidad de los trabajadores asalariados*”.¹⁷

Claro que esto **excluye** a los asalariados que detentan funciones de control en el proceso de trabajo (gerentes, altos funcionarios); a quienes teniendo un capital acumulado viven de la especulación o los intereses; y a los pequeños empresarios, a la pequeña burguesía urbana y rural propietaria.¹⁸

Tenemos así, en la propuesta de Antunes, al *proletariado industrial*, aquellos que generan directamente plusvalía y participan directamente del proceso de valorización del capital. Y la *clase trabajadora* o *clase-que-vive-del-trabajo*, el conjunto de los asalariados (incluido el proletariado industrial) que venden su fuerza de trabajo. Esta noción incorpora al proletariado precarizado o subproletariado moderno, que muchas

¹⁶ Ibid, pp.92. Itálicas en el original.

¹⁷ Idem. Itálicas en el original.

¹⁸ Ibid, pp. 94.



veces están directamente subordinados al capital, además de los trabajadores desocupados, expulsados del proceso productivo y del mercado de trabajo por la reestructuración del capital y que hipertrofian el ejército industrial de reserva en momentos de expansión del desempleo estructural. Una noción inclusiva de la clase trabajadora incluye, entonces, a todos aquellos que dependen de la venta de su fuerza de trabajo (produzca o no directamente plusvalía, estén o no empleados en un momento dado) y que no posean ni controlen su lugar de trabajo.¹⁹ En esta *nueva morfología del trabajo*, el concepto de clase trabajadora se amplía y complejiza en tanto su composición se vuelve cada vez más heterogénea y multifacética.

•••

Durante largos años el estudio del mundo del trabajo en nuestro país ha sido moneda poco corriente en la investigación social. Es posible interpretar este dato de manera unilateral, como un triunfo ideológico de los sectores dominantes. Sin embargo, los cambios producidos en el escenario de la protesta han corrido el eje de atención al surgimiento de actores sociales que cobraron renovado protagonismo al dar forma a un nuevo repertorio de acciones colectivas. De esta manera, el abordaje de los distintos fenómenos englobados en el marco de los “nuevos movimientos sociales” ha dado lugar, no pocas veces, al ocultamiento de todo un sector de luchas vinculadas al movimiento obrero, como si se tratase de una pugna entre estrategias escindibles. Creemos falsa la dicotomía que opone el análisis de las clases al enfoque de los movimientos sociales. Por el contrario, en América Latina ambas perspectivas no son más que una misma búsqueda en la constitución de un *sujeto popular* que sea participe en los procesos de emancipación social.

Las transformaciones del capitalismo a escala mundial, caracterizado por la reorganización de sus formas de dominación de la sociedad –que tiene específicamente en el ámbito de la producción una creciente imbricación entre trabajo productivo e improductivo, la disminución del peso relativo del proletariado industrial y el

¹⁹ Adam Seans y Colin Moers, “Política de la hegemonía: Democracia, clase y movimientos sociales”, mimeo, 1995.



incremento de una masa de trabajadores asalariados relacionados al sector de servicios— nos lleva a pensar en la necesidad de comprender las determinaciones de clase en un sentido amplio, de tal forma que contemple al conjunto de aquellos que para subsistir sólo disponen de su fuerza de trabajo. De esta forma, el concepto de *clase trabajadora* mantiene plena pertinencia en tanto el trabajo es un ámbito en donde se articula la sociedad capitalista en su conjunto a través de relaciones de explotación. Ahora bien, para dar cuenta de la creciente complejización de nuestras sociedades de clases, es necesario advertir que existen relaciones de dominación que rebasan la contradicción capital-trabajo. El desafío, creemos, consiste en pensar cómo este conjunto de determinaciones (de clase, de género, sexuales, étnicas, etarias, etc.) tienen lugar en el todo social. Es decir, así como no puede reducirse el análisis de la sociedad a las relaciones de clase, tampoco es posible analizar las relaciones de género o de etnia separadas de los condicionamientos de clase. La totalidad de las relaciones sociales que constituyen la sociedad se presenta atravesado por las relaciones sociales capitalistas. La importancia, entonces, de abordar un concepto amplio de la clase trabajadora, que exceda el economicismo, es ayudarnos a comprender que las luchas de clases incluyen mucho más que las luchas por el salario o los conflictos en los lugares de trabajo. El conjunto de las luchas de clases se inscribe en una *totalidad* social, por lo que cualquier iniciativa de cambio social no puede dejar de advertir que la emancipación del hombre y la mujer interpela a *la clase trabajadora en su conjunto*.



II

No vale la idea perfecta, absoluta, abstracta, indiferente a los hechos, a la realidad cambiante y móvil; vale la idea germinal, concreta, dialéctica, operante, rica en potencia y capaz de movimiento.

José Carlos Mariátegui²⁰

Clase y estructura

[**Tesis:** No se puede *reducir* el análisis de una clase social a la elucidación empírica de la estructura social]

Siguiendo a Ellen Meiksins Wood, podemos decir que existen sólo dos formas de pensar teóricamente la clase: ya sea como una *ubicación estructural* o bien como una *relación social*.²¹

Pensar la clase en términos **estructurales** es definirla exclusivamente por su relación con los medios de producción. De esta forma, una clase se explica en estricto por la “ubicación” que ocupan las personas respecto a la posesión (o desposesión) de los medios que utiliza para producir. Desde esta perspectiva sería posible relevar, con una mirada *sincrónica*, las clases (o capas) que forman una sociedad, respondiendo a lo que la autora denomina un “modelo geológico”.

Un intento de este tipo, por ejemplo, es el que lleva a cabo Gino Germani en su clásico trabajo *Estructura social de la Argentina*, para quien “las clases representan tan sólo, por decirlo así, zonas de la estructura social en la que cierta combinación de criterios se da con mayor frecuencia estadística”.²² De esta manera, elementos mutuamente imbricados –pero claramente diferenciables– como la estratificación social en clases y la estructura ocupacional, por momentos, aparecen en el trabajo del sociólogo italiano en un mismo nivel de análisis: “Lo que ocurre es que frecuentemente grupos

²⁰ José Carlos Mariátegui, “Aniversario y balance”, en *Amauta*, Año III, n° 17, Lima, septiembre de 1928.

²¹ Meiksins Wood, Ellen, *Democracia contra capitalismo*, Siglo XXI, México, 2000, pág. 90.

²² Gino Germani, *Estructura social de la Argentina. Análisis estadístico*, Ediciones Solar, Buenos Aires, 1987, pág. 143.



ocupacionales asignados a una misma clase revelan respecto a determinado asunto diferentes actitudes. Este hecho muestra que, desde el punto de vista de la conciencia colectiva y del comportamiento concreto, los grupos ocupacionales tienen acaso mayor realidad que la ‘clase’”.²³

Pensar, en cambio, la clase **relacionalmente** no implica desconocer las determinaciones que impone la estructura social, sino prestar mayor importancia a los procesos de formación de clase. En este sentido, los trabajos de E. P. Thompson cobran referencia en tanto, para el historiador británico, las clases surgen ahí donde las personas comparten una experiencia en común (una experiencia de explotación), a partir de encontrarse inmersos en determinadas relaciones productivas. “La clase cobra existencia cuando algunos hombres, de resultas de sus experiencias comunes (heredadas o compartidas), sienten y articulan la identidad de sus intereses a la vez comunes a ellos mismos y frente a otros hombres cuyos intereses son distintos (y habitualmente opuestos) a los suyos. La experiencia de clase está ampliamente determinada por las relaciones de producción en las que los hombres nacen, o en las que entran de manera involuntaria”.²⁴

Concebir la clase como relación social implica una mirada *diacrónica* del proceso a través del cuál se constituye una clase. Si, por el contrario, observamos la historia en un punto determinado, lo que tenemos no es una clase sino un conjunto de individuos con sus experiencias. “Pero si observamos a esos hombres a lo largo de un período suficiente de cambio social, observaremos pautas en sus relaciones, sus ideas y sus instituciones. La clase la definen los hombres mientras viven su propia historia y, al fin y al cabo, ésta es su única definición”.²⁵

Ahora bien, ¿Puede afirmarse que las clases tienen una existencia “real”? ¿Qué hay de “objetivo” en una clase social? ¿Se trata de una construcción teórica que se impone para hacer inteligible el análisis de la realidad?

²³ *Ibid.*, pág. 145.

²⁴ E. P. Thompson, “Prefacio”, en *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Crítica, Barcelona, 1989, pág. XIV.

²⁵ *Ibid.*, pág. XV.



Una concepción de clase meramente estructural puede ofrecernos sólo una respuesta rayana a la tautología: la clase se define por la relación (de ésta clase) con los medios de producción.

No obstante, la noción de clase como relación y proceso apunta a señalar la importancia de las relaciones objetivas con los medios de producción en la medida que establecen antagonismos y generan conflictos y luchas; estos conflictos y luchas forjan la experiencia en “formas de clase”, aún cuando no se expresen en conciencia de clase o en formaciones claramente visibles, y con el tiempo estas relaciones imponen su patrón en los procesos sociales.²⁶ En este sentido puede afirmarse que la lucha de clases precede a la clase misma, en tanto las formaciones de clase presuponen la experiencia de conflicto y de lucha derivada de las relaciones de producción.

La crítica a la definición relacional de clase como simple “subjetivismo” de la experiencia que descuida las determinaciones “objetivas” demuestra sus límites. Por el contrario, una concepción de clase como relación social da cuenta de las determinaciones objetivas que imponen las relaciones productivas, al tiempo que permite demostrar la existencia de la clase “de hecho” en las relaciones humanas. La formación de una clase no es producto estadístico ni un mero aglomeramiento urbano: la formación de una clase es ante todo un fenómeno *histórico*.

Por lo tanto, adoptar alguna de estas definiciones de clase (sea como *estructura*, sea como *relación*) no radica en un simple juego de erudición, sino que se trata de una opción de evidentes consecuencias políticas. Situar a las personas dentro de un esquema predeterminado de clases no resuelve el problema de cómo estas personas vivencian las relaciones productivas en las que están inmersos y experimentan, en términos culturales, la explotación.

Esto no niega, sin embargo, el esfuerzo de estudios que buscan dar cuenta de la evolución de “grupos sociales fundamentales”²⁷ en una sociedad; pero ello no explica el proceso de formación de una clase. Reducir el proceso de formación de una clase al

²⁶ Meiksins Wood, *op. cit.*, pág 97.

²⁷ Ver, por ejemplo, Iñigo Carrera, N. y Podestá, J., *Análisis de una relación de fuerzas objetiva: caracterización de los grupos sociales fundamentales en la Argentina actual*, Serie de estudios n° 46, CICSO, Buenos Aires, 1989.



devenir de las leyes del capital se asemeja más bien a la tarea de moldear la realidad según la teoría. Por el contrario, se trata de reelaborar la teoría para dar cuenta de una realidad en permanente dinamismo. Más aún: se trata de que la clase elabore su propia teoría a partir de su experiencia.

Conciencia e historia

[**Tesis:** La clase, y por ende, la conciencia de clase, no se deduce de una determinada *posición* en relación a los medios de producción.]

¿A qué llamamos conciencia de clase? ¿En qué medida ésta es necesaria para definir la existencia de una clase? Sin duda, uno de los problemas sobre los que más se ha discutido en relación a una teoría de clase es el papel de la conciencia en el sujeto.

El joven Georg Lukacs sostenía en su monumental *Historia y conciencia de clase* que la esencia del marxismo científico consistía en reconocer la independencia de las fuerzas motrices reales de la historia respecto de la conciencia que los hombres tienen de ellas. “No lo saben, pero lo hacen”, podríamos agregar parafraseando a Marx.

Para el húngaro, con el capitalismo se llega por primera vez en la historia a una sociedad con articulaciones *puramente económicas*, por lo que los intereses de clase han llegado al estado en que pueden *hacerse concientes*. De allí que la conciencia de clase es definida como “la reacción racional adecuada que debe ser *adjudicada* a una situación típica determinada en el proceso de producción”.²⁸ Esta conciencia, por cierto, no es igual a la media de lo que piensan o sienten todos y cada uno de los individuos que forman una clase, por separado. En alguna medida impuesta por las relaciones de producción, esta conciencia de clase “adjudicada” se vuelve *condición* para la acción de la clase. “La acción históricamente decisiva de la clase como totalidad es determinada, en último análisis, por esa conciencia y no por el pensamiento del individuo; esa acción

²⁸ Georg Lukacs, *Historia y conciencia de clase*, Instituto del Libro, La Habana, 1970, pág. 81. Itálicas en el original.



sólo puede ser conocida partiendo de esa conciencia”.²⁹ En Lukacs, entonces, la conciencia está dada por el conocimiento del lugar que ocupan los sujetos, como clase, en el proceso productivo. Como conciencia “adjudicada”, es un elemento que puede introducirse desde el exterior. El partido, la vanguardia, el sindicato –por nombrar algunas de las herramientas más contemporáneas a Lukacs– son los facilitadores de esa conciencia para la clase.

Ahora bien, ¿Sólo es posible pensar la conciencia de clase desde el proceso productivo? ¿Está la conciencia determinada por las relaciones de producción?

El marxismo británico aporta a una teoría de clase el hecho de que la conciencia no se deriva de la estructura social (su posición en la estructura productiva) sino que hay un componente cultural que constituye a la clase. Para decirlo con Thompson, si una clase existe en tanto hombres y mujeres, a partir de sus experiencias comunes, “sienten y articulan la identidad de sus intereses”, entonces “la conciencia de clase es la forma en que se expresan estas experiencias en términos culturales: encarnadas en tradiciones, sistemas de valores, ideas y formas institucionales. Si bien la experiencia aparece como algo determinado, la conciencia no lo está”.³⁰

Uno de los argumentos más frecuentes contra la concepción de Thompson es que condiciona la existencia de clase a la conciencia de clase, es decir que no existiría clase si ésta no tuviera conciencia de sí. De allí, no sería posible discernir –como sí es posible en Marx– entre clase *en sí* (que existe objetivamente) y clase *para sí* (que existe como sujeto histórico autónomo).

Sin embargo, el propósito de Thompson no ha sido negar la existencia de la clase en ausencia de conciencia de clase sino, contrariamente, demostrar cómo los determinantes de la clase forjan los procesos sociales, cómo las personas se comportan “de manera clasista” incluso antes, y como condición, de que haya formaciones “maduras” de clase, con sus instituciones y valores conscientemente definidos.³¹ La fuerza de esta propuesta radica, justamente, en que es capaz de reconocer y explicar el funcionamiento de la clase en ausencia de la conciencia de clase.

²⁹ *Idem.*

³⁰ Eduard P. Thompson, *op. cit.*, pág. XIV.

³¹ Meiksins Wood, *op. cit.*, págs. 97-98.



Si tomamos la experiencia reciente en la Argentina, podemos constatar que la acción no siempre aparece allí donde se espera. Sin negar la pervivencia de un movimiento obrero organizado, no es osado afirmar que las acciones más “clasistas” de las últimas décadas provinieron de aquellos cuya posición lejos estaba de considerarse central en el proceso productivo.

Sujeto y política

[**Tesis:** La fragmentación y segmentación actual de la clase trabajadora, no puede superarse buscando la revitalización de un auge proletario que tenga por consigna la unidad de las luchas gremiales, sino con la capacidad constructiva de una identidad de clase que de cuenta de las características de un sujeto social múltiple.]

Abjuramos de las tesis decadentistas que auguran un corolario de consumaciones: el fin de la historia, del sujeto, las ideologías o los grandes relatos. Pero sabemos que no podemos responder a los interrogantes de hoy apelando a las respuestas que se esgrimieron en razón de problemas que ya no son los nuestros o lo son, pero considerablemente mucho más complejos.³² Llegado este punto, estamos en condiciones de cuestionarnos sobre el devenir de *la clase*. O, para decirlo en otros términos, es menester preguntarnos qué formas adquiere en nuestro tiempo el *sujeto histórico*.

En esta época de mutaciones a nivel global, con especial epicentro en los procesos de trabajo, se han hecho intentos denodados por salvar, enterrar, suprimir o reflotar la noción de clase, tal como fue pensada por el marxismo desde la segunda mitad del siglo XIX. Sin embargo, todas las rectificaciones y reinterpretaciones de las que, a partir de las enseñanzas que propinaba la historia, fue objeto la teoría marxista, dejaron manifiesto que los conceptos de clase y de lucha de clases refieren a procesos de transformación irreductibles a la pereza teleológica y el triunfalismo redentor.³³ No hay

³² Esteban Rodríguez, *Vida lumpen. Bestiario de la multitud*, Edulp, La Plata, 2007.

³³ Benjamin escribe al respecto: “No hay otra cosa que haya corrompido más a la clase trabajadora alemana que la idea de que *ella* nada con la corriente. El desarrollo técnico era para ella el declive de la corriente con la que creía estar nadando. De allí no había más que un paso a la ilusión de que el trabajo en



finalidad preestablecida en la historia, esa es una de las lecciones más claras que ha quedado como saldo de los últimos ciento cincuenta años de capitalismo. Y esto, como bien apunta Etienne Balibar, pone en evidencia que una teoría marxista del cambio social debe dar cuenta de la transformación incesante de la identidad de las clases sociales.³⁴

El concepto de *clase trabajadora* mantiene plena pertinencia en tanto el trabajo continúa siendo un ámbito en donde se articula la sociedad capitalista en su conjunto a través de relaciones de explotación. Ahora bien, para dar cuenta de la creciente complejización de nuestras sociedades de clases, es necesario advertir que existen relaciones de dominación que rebasan la contradicción capital-trabajo. Es decir, la división del trabajo se superpone necesariamente, sin confundirse con ellas, a otras divisiones cuyos efectos sólo se pueden aislar en abstracto. El desafío, creemos, consiste en pensar cómo este conjunto de determinaciones (de clase, de género, sexuales, étnicas, etarias, etc.) tienen lugar en el todo social. Así como no puede reducirse el análisis de la sociedad solamente a las relaciones de explotación y dominación de clase, tampoco es posible analizar las relaciones de género o de etnia separadas de los condicionamientos de clase. Es aquí donde cobran importancia el auge de la lucha de los movimientos sociales. Creemos falsa la dicotomía que opone el análisis de las clases al enfoque de los movimientos sociales.³⁵ Por el contrario, en Nuestra América ambas perspectivas no son más que una misma búsqueda en la constitución de un sujeto histórico que sea participe en los procesos de emancipación social. Así, la lucha de clases puede y debe concebirse como *una* estructura determinante que cubre *todas* las prácticas sociales, sin ser por ello

las fábricas, que sería propio de la marcha del progreso técnico, constituye de por sí una acción política”, en Walter Bernjamin, *op. cit.*, pág. 31.

³⁴ Etienne Balibar, “¿De la lucha de clases a la lucha sin clases?”, en I. Wallerstein y E. Balibar, *Raza, Nación y Clase*, Iepala, Madrid, 1988, pág. 259.

³⁵ Resulta pertinente la advertencia de Inés Izaguirre cuando plantea los riesgos “sustitutivos” que muchas veces tiene, fundamentalmente en el ámbito académico, la recepción de las teorías sobre movimientos sociales. De esta manera, ya no se habla de *clases*, sino de *movimientos sociales*; y la *lucha de clases* se troca por *protesta social*. Ver Izaguirre, I., “Movimientos sociales y lucha de clases. Sociogénesis de una sustitución conceptual en el discurso académico”, revista *Crítica de nuestro tiempo*, años XV, n 4, octubre-diciembre 2006.



la única.³⁶ La totalidad de las relaciones sociales que constituyen la sociedad se presenta atravesada por las relaciones sociales capitalistas.

La importancia, entonces, de abordar un concepto amplio de la clase trabajadora que exceda el economicismo, es ayudarnos a comprender que las luchas de clase incluyen mucho más que la lucha por el salario o los conflictos en los lugares de trabajo. El conjunto de las luchas de clase se inscribe en una totalidad social, por lo que cualquier iniciativa de transformación radical no puede dejar de advertir que la emancipación del hombre y la mujer interpela al conjunto del pueblo trabajador. La clase trabajadora en nuestro país sigue siendo un actor de peso preponderante, a pesar de que los niveles de desindustrialización, fragmentación y segmentación hayan diluido la clásica identidad y unidad obrera que nacía de la fábrica.³⁷ Ante este debilitamiento, el desafío consiste en reconstruir una identidad obrero-popular que contemple al conjunto de la clase trabajadora en su sentido más extenso. En efecto, «pueblo» y «clase», lejos de contraponerse y caminar por caminos irreconciliables, constituyen elementos sobre los que debe encontrarse una síntesis que reelabore identidades en permanente transformación en las clases subalternas. Ciertamente, este camino implica los riesgos de lidiar con lo ambiguo y escapar a los purismos metodológicos.³⁸

La incipiente organización de los trabajadores precarizados, la relevancia del sector de servicios en la producción, el surgimiento de nuevas subjetividades desde los movimientos de trabajadores desocupados y el mayor peso del ámbito territorial-comunitario en la constitución de nuevas identidades de clase, son algunos de los desafíos que plantea este sujeto múltiple. Poder articular a los distintos sectores y segmentos de trabajadores empleados y desocupados, precarios, permanentes, de

³⁶ *Ibid.*, pág. 279.

³⁷ Jorge Sanmartino, “Argentina. Transformaciones económicas y dinámicas políticas después de la crisis”, mimeo, 2007.

³⁸ Sugiére Balibar: “Ninguna organización de clase (especialmente ningún partido de masas), ni siquiera cuando desarrolla una ideología obrerista, ha sido nunca una organización puramente obrera (...) Igualmente, [todo] movimiento social significativo, [incluso] cuando reviste un carácter proletario acentuado, [se basa] en la combinación de objetivos anticapitalistas, nacionales, pacifistas, culturales, en su acepción más amplia (...) En este sentido, lo que nos muestra la historia es que las relaciones sociales no se establecen entre clases cerradas en sí mismas, sino que atraviesan las clases, incluida la clase obrera o, si se prefiere, la lucha de clases se desarrolla dentro de las propias clases”, *op. cit.*, pág. 276.



servicios, la industria o el comercio, implica un componente de creatividad para encontrar formas organizativas que incluso excedan el mundo laboral.

Por esto es necesario dar relevancia a la acumulación de experiencias, recuperación de espacios y a la lucha política e ideológica que contribuya a dar contenido a las nuevas experiencias e identidades por venir. La unidad clasista de todos los sectores que conforman la clase trabajadora, con su heterogeneidad y fragmentación, probablemente no surja de una escalada espontánea de las luchas sindicales, sino de la capacidad constructiva de un sujeto popular que exprese la diversidad de la clase trabajadora en su conjunto.



Bibliografía

- Antunes, R., “La centralidad del trabajo hoy”, *Papeles de Población*, n° 25, Universidad de Campinas, julio/septiembre 2000, pp.83-96.
- , *Los sentidos del trabajo. Ensayo sobre la afirmación y la negación del trabajo*. TEL/Herramienta, Buenos Aires, 2005.
- Astarita, R., “La concepción marxista de la clase obrera”, en *Debate marxista*, n° 3, segunda época, mayo de 2001.
- Balibar, E., “¿De la lucha de clases a la lucha sin clases?”, en I. Wallerstein y E. Balibar, *Raza, Nación y Clase*, Iepala, Madrid, 1988.
- Benjamin, W., *Sobre el concepto de historia. Tesis y fragmentos*, Piedras de papel, Buenos Aires, 2007 [1940].
- De la Garza, E., “¿Fin del trabajo o trabajo sin fin?”, en De la Garza y Neffa (ed), *El futuro del trabajo. El trabajo del futuro*, CLACSO, Buenos Aires, 2001.
- Furbank, P. N., *Un placer inconfesable o la idea de clase social*, Paidós, Buenos Aires, 2005.
- Germani, G., *Estructura social de la Argentina. Análisis estadístico*, Ediciones Solar, Buenos Aires, 1987.
- Iñigo Carrera, N. y Podestá, J., *Análisis de una relación de fuerzas objetiva: caracterización de los grupos sociales fundamentales en la Argentina actual*, Serie de estudios n° 46, CICSO, Buenos Aires, 1989.
- Izaguirre, I., “Movimientos sociales y lucha de clases. Sociogénesis de una sustitución conceptual en el discurso académico”, *Crítica de nuestro tiempo*, años XV, n 4, octubre-diciembre 2006.
- Lukacs, G., *Historia y conciencia de clase*, Instituto del Libro, La Habana, 1970 [1923].
- Mariátegui, J. C., “Aniversario y balance”, en *Amauta*, Año III, n° 17, Lima, septiembre de 1928.
- Martínez, O., Exposición en la Cátedra Libre “Movimientos sociales y estrategias para el cambio social”, realizada en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, 17 de septiembre de 2005.
- Marx, C., *El Capital, Libro I, Cap. VI (inédito)*, Siglo XXI, México, 1971.



- Meiksins Wood, E., *Democracia contra capitalismo*, Siglo XXI, México, 2000.
- Rifkin, J., *El fin del trabajo. Nuevas tecnologías contra puestos de trabajo: el nacimiento de una nueva era*, Paidós, Barcelona, 1996.
- Rodríguez, E., *Vida lumpen. Bestiario de la multitud*, Edulp, La Plata, 2007.
- Sanmartino, J., “Argentina. Transformaciones económicas y dinámicas políticas después de la crisis”, mimeo, 2007.
- Seans, A. y Moers, C., “Política de la hegemonía: Democracia, clase y movimientos sociales”, mimeo, 1995.
- Stratta, F., “Las condiciones de la fuerza de trabajo en el Gran Buenos Aires. 1991-2006”, *III Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población*, Córdoba, septiembre de 2008.
- Thompson, E. P., “Prefacio”, en *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Crítica, Barcelona, 1989.